

y la trae San Buenaventura (1), que el amor espiritual suele fácilmente degenerar y adulterarse, y de espiritual suele convertirse en carnal y sensual; y aunque al principio sea vino, se mezcla después con agua, y lo que era bálsamo se falsifica con mezcla de otros licores bajos y viles, conforme á aquello de Isaias: "Tu vino está mezclado con agua (2)." Antes ese es el medio y el cebo que el demonio suele tomar para engañar á uno y llevarle poco á poco á donde él quiere.

Dice muy bien San Buenaventura (3), que hace el demonio en esto lo que dijo el otro Arquitrifino, que al principio pone el buen vino y después lo peor. Al principio háceles creer que todo es devoción y espíritu y que se aprovecharán de aquella conversacion y familiaridad, y cuando los tiene ya enternecidos y rendidos, y parece que hay prendas, entonces descubre su ponzoña: fué el cebo aquello primero para cojerlos en el garlito. Y no se cansa el demonio, dice San Buenaventura, de entretener mucho tiempo á uno en aquel cebo que parece bueno; todo lo da por bien empleado á trueque de alcanzar después lo que desea, que es que el amor espiritual venga á parar en carnal y sensual. ¡Oh cuántos, dice el Santo (4), han trabado conversacion y amistad con algunas personas, socolor de espíritu, pareciéndoles que todo aquel trato era de Dios y espiritual y que aprovechaban sus almas con aquello, y por ventura al principio era así, y poco á poco fué desdiciendo y degenerando aquel amor, y comenzaron á tratar pláticas impertinentes y cosas livianas y ridiculas

(1) Bonav. tom. 5, opusc. lib. 2 de profectu Religios. cap. 27.
 (2) Vinum tuum mixtum est aqua. Isai. 1, 22.
 (3) Bonav. processu 6. Religionis, cap. 16.
 (4) Bonav. processu 4. Religionis cap. 12.

comenzaron en espíritu y acabaron en carne (1). Cuenta Gerson (2) de un siervo de Dios de grandes prendas así en letras como en virtud, que trataba con una religiosa sierva de Dios santamente y de cosas provechosas á su alma; pero poco á poco con la conversacion y trato creció el amor, pero no en el Señor, sed non in Domino; sino de tal manera, que no se podía contener de irle á visitar muchas veces y estar con ella muchos ratos; y cuando no estaba con ella, apenas podía dejar de estar pensando en ella; y con todo eso, estaba tan ciego el buen hombre, que le parecía que no había allí ningún mal ni engaño alguno del demonio, porque decía él que no le pasaba por pensamiento cosa ninguna mala, que es una excusa con que muchos se suelen cegar y andan engañados, y así lo andaba este, hasta que le fué forzoso, por cierta ocasion que se ofreció, hacer un camino largo: entonces al apartarse sintió aquel siervo de Dios que aquel amor no era puro, ni casto, y que si Dios no le quitara la ocasion con aquella ausencia, estaba muy cerca de caer en grande mal. Y así, dice allí Gerson, tratando del peligro y engaño grande que hay en el amor, que no es oro todo lo que reluce, ni todo caridad lo que lo parece. Y refiere de una persona de mucha santidad, que decía que no había cosa de que tuviese mas temor y mas sospecha que del amor, aunque sea con personas de mucha virtud y santidad, y trae aquello del Sabio: "Hay algunos caminos que le parecen al hombre derechos, y no son sino muy torcidos, y que van á parar en mal (3): así, dice, suele ser este camino.

(1) Cum spiritu caeperitis, carne consumemini, Ad Galat. III, 3.
 (2) Gers. Part. I, tract. de distinctione verarum visionum a falsis, signo 5.
 (3) Est via, quae videtur homini recta, et novissima ejus ducunt ad mortem. Prov. XVI, 25.

CAPITULO VI.

De algunos remedios contra las tentaciones deshonestas. En la segunda parte, en el tratado cuarto, de las tentaciones, digimos algunos remedios para estas tentaciones y otros remitimos á este lugar, de que trataremos ahora. Quanto á lo primero, el medio de la oracion es de los mas principales que la divina Escritura y los Santos nos dan para todas las tentaciones, y el mismo Cristo nos lo enseña en el Evangelio: "Velad y orad, dice (1), porque no entreis en la tentacion." Dice Beda que así como el ladron, en oyendo voces, huye, y todos se levantan y vienen á socorrer, así el clamor de la oracion hace huir al demonio, y despierta á los ángeles y á los Santos bienaventurados para que vengan en nuestro socorro y ayuda. De San Bernardo leemos, que viniéndole á robar la castidad, dió voces: "Ladrones, ladrones," y con eso huyó el ladron. Pues si al clamor y apellido de los hombres huyó el ladron, cuánto mas aquel tan antiguo como astuto ladron, que procura robar las riquezas espirituales de nuestra alma, huirá á los clamores y apellidos que levantamos á Dios y á sus Santos?

Especialmente es singularísimo remedio para esto el acogernos á pensar en la Pasion de Cristo y escondernos en sus Llagas. San Agustin dice: "No hay medicina ni remedio mas poderoso y eficaz contra las tentaciones deshonestas, como pensar en la Pasion y Muerte de Cristo nuestro Redentor (2)." En ninguna cosa, dice (3), hallé tan eficaz remedio, como en acogerme á las llagas de Cristo; allí duermo seguro y

(1) Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem. Matth. XXVI, 41.
 (2) Nullum tam potens est, et tam efficax medicamentum contra ardorem libidinis sicut mors Redemptoris tui. Aug. in Manu. l. 22.
 (3) In omnibus rebus non inveni tan efficax remedium, quam vulnera Christi; in illis dormio securus, et revivisco intrepidus. Id.

alli torno á revivir. Nota y pondera muy bien un doctor grave, que por eso no dijo el Evangelista que fué herido el costado de Cristo, sino que fué abierto (1); para que entendamos que está abierto el camino para entrar en el corazón de Cristo y que allí ha de ser nuestro refugio y guarida, "en aquellos agujeros de aquella piedra (2)," que es Cristo.

San Bernardo pone tambien este remedio, y dice: "Cuando sintiéredes esta tentacion, acogeos luego á pensar en la Pasion de Cristo, y decid: "Mi Dios y mi Señor está enlavado en una cruz, ¿y tengo yo de darme á deleites y pasatiempos (3)?" Como dijo aquel criado fiel, que diciéndole el rey que se fuese á descansar y holgar á su casa, respondió: "El arca de Dios, y mi señor y capitán Joab está en el campo, y debajo de tiendas, ¿y tengo yo de ir á comer y holgar á mi casa? Nunca Dios tal permita (4)." Así habemos de decir nosotros: "Nos, Señor, estais en esa cruz y pagais ahí los deleites que los hombres toman pecando, no quiero yo tomar placer tan á costa vuestra."

Otros se ayudan en estas tentaciones de la memoria y consideracion de los Novísimos, conforme á aquello del Sabio: "En todas tus obras acuérdate de tus Postrimerias y no pecarás (5)." Unos se aprovechan de la consideracion del infierno, ponderando aquello que dice San Gregorio. "Un mo-

(1) Unus militum lancea latus ejus aperuit. Joann. XIX, 34.
 (2) In foraminibus petrae, in caverna maceriae. Cant. II, 14.
 (3) Deus meus, pendet in patibulo, et ego voluptati operam dabo? Bernard. in formula honestae vitae.
 (4) Arca Dei, et Israel, et Juda habitant in papilionibus, et dominus meus Joab, et servi domini mei super faciem terrae manent: et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et vivam, et dormiam cum uxore mea? Per salutem tuam, et per salutem animae tuae, non faciam rem hanc. II. Reg. II, 11.
 (5) In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis. Eccl. VII, 10.

mento dura lo que deleita y eternamente lo que atormenta. Abondar en aquella eternidad, en aquel para siempre jamás, mientras Dios fuere Dios, es un medio muy eficaz para no pecar, conforme á aquello del Profeta: "Desciendan al infierno los vivos (1)." Bajar ahora vivos al infierno con la consideracion, ayuda para no bajar allá despues de muertos. Otros se ayudan de la consideracion de la gloria, pareciéndoles desatino, como lo es, por un breve deleite trocar á Dios y perder la gloria para siempre. ¿Y qué mayor locura puede ser que dejar de hacer lo que nos manda Dios, convidándonos con la gloria por ello, por hacerlo que el demonio quiere, convidándonos con el infierno por ello? Otros sienten mucho provecho acordándose de la muerte y del juicio final. Todas son muy buenas consideraciones: cada uno ha de acudir á aquello en que sintiere mas provecho; y unas veces lo sentirá en uno, otras en otro: y asi nos habemos de ayudar de todo.

Tambien ayuda mucho en estas tentaciones hacer la señal de la Cruz en la frente y en el corazon, y llamar con devocion el Santo Nombre de Jesus: y se han visto efectos admirables con esto, y milagros muchos que tenemos en las historias. La devocion de Nuestra Señora para todo ayuda, y asi no ha de haber nadie que no la tenga y acuda á esta Soberana Virgen con mucha confianza, porque no puede dejar de ser misericordiosa la que tuvo por espacio de nueve meses encerrada en sus entrañas la misma misericordia. Al fin es Madre de misericordia y Abogada de pecadores, á los cuales ama, porque vé cuánto su Hijo los amó, y por cuán caro precio los compró: y sobre todo esto vé que los pecadores fueron

(1) Descendant in infernum vivos, Ps. LII, 16.

ocasion de que el Verbo Eterno tomase carne en sus entrañas y ella fuese Madre de Dios, y por esto los mira con ojos mas piadosos, é intercede por ellos á su Hijo, y alcanza de él todo lo que quiere; porque, ¿qué podrá negar el Hijo á su Madre, y tal Hijo á tal Madre? De donde vino á decir San Bernardo aquella sentencia tan célebre: «Calle tus alabanzas, Virgen gloriosa, el que te hubiere invocado en sus trabajos y necesidades, y se acordare no le haber acudido. (1)» Pero aunque para todas las tentaciones y ocasiones es este remedio muy eficaz, éslo muy particularmente para esta de que vamos tratando, por agradarle tanto á la Purísima Virgen la pureza y castidad. Algunos doctores dicen que la pureza virginal tan subida que tuvo San Juan Bautista, que dicen que ni aun pecado penial tuvo contra ella, le vino de la visita de esta Señora, que estuvo tres meses con Santa Isabel. Aquella fué visita corporal y espiritual, dice San Ambrosio (2). Y si de la primera visita se siguió tan grande bien que el niño se regocijó en el vientre de la madre y quedó santificado, y Santa Isabel fué llena de el Espíritu Santo, en oyendo la salutación de la Virgen; ¿cuál pensais, dice, que seria el fruto y provecho de la presencia y conversacion de tanto tiempo? El P. Maestro Avila dice (3) haber visto muchos efectos y provechos notables, en personas molestadas de esta tentacion, por medio de la Virgen nuestra Señora, por rezarle alguna cosa cada dia en memoria de la limpieza con que fué concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió y parió al Hijo de Dios: y son muy á propósito

(1) Sileat misericordiam tuam, Virgo beata, si quis est, qui invocatum te in necessitatibus suis, sibi meminert defuisse. Bernard. serm. 4 de Assumptione.
 (2) Non enim sola familiaritatis est causa, quod diu mansit, sed etiam tanti vatis profectus. Ambr. lib. 2. sup. Lucam, cap. 9.
 (3) Maestro Avila, cap. 14 del Audifilia.

para esto aquellos versos que canta la Iglesia:

Puesto, que despues del Parto
 Quedasteis Virgen intacta,
 Interceded por nosotros,
 Madre de Dios Sacrosanta.

Oh singular Virgen,
 Sobre todas blanda;
 Libranos de culpas,
 Dános vida casta (1).

Donde poniéndole delante su immaculada y perpétua virginidad, le pedimos nos alcance esta virtud, para que asi agrademos á ella y á su preciosísimo Hijo.

Tambien es muy buen remedio la devocion con los Santos y con sus reliquias. Cuenta Cesario una cosa que dice (2) se la contó el mismo á quien le pasó, que fué un religioso de su orden Cisterciense, llamado Bernardo. Este, antes de entrar en la Religion, yendo cierto camino, dice que llevaba consigo colgada al cuello una cajita de reliquias de los Santos mártires San Juan y San Pablo. Yendo su camino, vinole una tentacion deshonesta, él entonces no miraba tanto en esto, y descuidábase de resistir á la tentacion y de sacudir de sí aquellos malos pensamientos que le venian: y comenzaron las Santas Reliquias con su cajita á darle golpes en los pechos; y con todo eso no caia en la cuenta, ni echaba de ver en aquello; y como cesase la tentacion, cesaron tambien los golpes. De ahí á otro poco tornó la tentacion, y tornaron luego los golpes de las Santas Reliquias, como si le dijeran que advirtiese y desechase de sí aquellos malos pensamientos. Entonces cayó en el aviso y recuerdo que le daban, y procuró con diligencia resistir á la tentacion.

Tambien es muy buena devocion y ayuda mucho para esto visitar muchas

(1) Post partum Virgo inviolata permansisti, Dei Genitrix intercede pro nobis.—Virgo singularis inter omnes mitis, nos culpis solutos, mites fac, et castos.
 (2) Cesarius, lib. 8. Dialog. c. 67.

veces el Santísimo Sacramento del Altar y pedir allí al Señor ayuda y favor para salir con victoria; y sobre todo, el recibir á menudo este Santísimo Sacramento es singularísimo remedio, conforme á aquellas palabras del Profeta: "Preparastes, Señor, delante de mí una mesa, la cual me dá virtud y fortaleza contra todos los que me persiguen (1)." Para todas las tentaciones, dicen los Santos que es este gran remedio; pero particularmente para vencer las tentaciones de la carne y conservar la castidad: porque este divino Sacramento mitiga el fómite del pecado, disminuye y apaga los movimientos de la carne y los ardores de la concupiscencia, como el agua el fuego, dice San Cirilo; y traen para esto aquello del Profeta Zacarias: "¿Cuál es lo bueno suyo, y cuál lo hermoso, sino el pan de los escogidos y el vino que engendra virgenes (2)?" de lo cual dijimos en su lugar (3).

CAPITULO VII.

Que la penitencia y mortificacion de la carne es muy propio y principal remedio contra esta tentacion.

El bienaventurado San Gerónimo dice: «Los ardientes y encendidos deseos y movimientos de la carne, con vigilias y ayunos, con penitencias y asperezas, se han de refrenar y apagar (4);» y asi lo hacia él. Y de San Hilarion cuenta el mismo San Gerónimo que, siendo fatigado de tentaciones de carne y de pensamientos torpes, se airaba con su cuerpo, y decía: «Yo te haré, asnillo, que no tires coces, porque te

(1) Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant me. Ps. XXII, 5.
 (2) Quid enim bonum ejus est, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines? Zach. IX, 17.
 (3) Part. II, trat. 8, c. 10.
 (4) Ardentes diaboli sagitae jejuniorum, et vigiliarum rigore extinguentur sunt. Hieron. epist. ad Furiam.

quitaré la cebada y te daré solamente paja; matarte hé de hambre y de sed; pondréte cargas pesadas, fatigarte hé con calores y hielos, para que así pienses antes en la comida que en la lascivia. Remedio es este muy encomendado de los Santos, y muy usado de los siervos de Dios aun sin sentir esta guerra.

En las Crónicas del bienaventurado San Francisco se cuenta (1), que preguntó uno á un santo varon por qué San Juan Bautista, siendo santo desde el vientre de su madre, se fué al desierto é hizo allí tan estrecha penitencia como dice el sagrado Evangelio. Respondió el Santo: «Dime tú; ¿por qué á la carne, estando fresca y muy buena, le echan sal?» Respondió el otro: «Porque mejor se conserve y no se corrompa.» «Pues así, dice, el glorioso Bautista se salvó con la penitencia; porque su santidad se conservase mejor sin alguna corrupcion de pecado,» como la Iglesia lo canta (2). Pues si aun antes de sentir estas tentaciones, en tiempo de paz, conviene usar este ejercicio de penitencias y mortificaciones, ¿cuánto mas convendrá en tiempo de guerra? Santo Tomás dice, y lo trae de Aristóteles, que del castigo se dijo castidad (3); porque con el castigo del cuerpo se ha de refrenar el vicio contrario; y dice que los vicios deshonestos son como los muchachos, que han menester azote, porque les falta la razon.

Y si de este mal tratamiento del cuerpo se sigue flaqueza ó daño á la salud corporal, responde el mismo San Gerónimo en otra parte: «Mas vale que duela el estómago que el alma (4):» y mejor es que

(1) Part. I, lib. 7, cap. 32 de la Crónica de San Francisco.

(2) Ne levi saltém maculare vitam crimine posses.

(3) Castitas dicitur a castigatione. S. Thom. 2.-2., quest. 155, art. 1 et 3.—Aristot. 3 Ethic.

(4) Melius est eis stomachum dolere, quam mentem. Hieron.

tiemblen de flaqueza los pies, que no que vacile la castidad, aunque siempre es menester discrecion. Y así se han de medir estas cosas conforme á las fuerzas y á la tentacion y peligro de cada uno; porque una cosa es ser la guerra tan grande que pone al hombre á riesgo de perder la castidad, y entonces á cualquier riesgo conviene poner el cuerpo por quedar con la vida del alma. Dicen allá los médicos: cuando la enfermedad es mortal, y se ve que va ya acabando á uno, hácese remedios esquisitos y extraordinarios (1). Así ha de ser también en las tentaciones y enfermedades espirituales cuando son vehementes. Otra cosa es pelear con una mediana tentacion, de la cual no se teme tanto peligro, ni es menester tanto trabajo para vencerla.

Pero advierten aqui los maestros de la vida espiritual que estas tentaciones de la carne unas veces nacen de la misma carne, y del cuerpo redundan en el alma, como suele acaecer á los mozos y á los que tienen buena salud y regalan su carne; y entonces aprovecha mucho poner el remedio en ella como habemos dicho, pues está en ella la raiz de la enfermedad. Otras veces nace esta tentacion del alma por sugestion del demonio, y del alma redundan en el cuerpo; y la señal de esto es cuando combate mas con pensamientos y feas imaginaciones que con feos sentimientos y movimientos del cuerpo: ó si hay estos, no es porque la tentacion comience en ellos, sino comenzando por pensamientos resultan aquellos sentimientos y movimientos en la carne, la cual algunas veces estando flaquísima y como muerta, están los malos pensamientos, vivísimos, como le acaecía á San Gerónimo, segun él lo cuenta, que estando el cuerpo flaco, consumido y casi muerto por las grandes penitencias y as-

(1) Extremis morbis extrema.

perezas que hacia, con todo eso le parecia algunas veces que se hallaba en medio de las danzas y saraos de las doncellas de Roma. Y tienen tambien otra señal, que es venir importunamente, y cuando el hombre menos querria, y menos ocasiones hay para ello: y ni catan reverencia á tiempos de oracion, ni de misa, ni lugares sagrados, en los cuales un hombre por malo que sea, suele tener acatamiento y abstenerse de pensar estas cosas; y algunas veces son tantos y tales los pensamientos, que el hombre nunca oyó, ni supó, ni imaginó tales cosas como se le ofrecen; y en la fuerza con que vienen y cosas que oye interiormente, siente el hombre que no nacen de él, sino que otro las dice y las hace. Todas estas son señales manifiestas que aquella es persecucion del demonio, y que no nace de la carne, aunque se padece en ella; y así entonces es menester poner otros remedios. Y todos dicen que es muy bueno para esto procurar alguna buena ocupacion que ponga al hombre en cuidado y trabajo, con el cual pueda olvidar aquellas feas imaginaciones. Y á este intento procuró San Gerónimo, segun el mismo lo cuenta, estudiar la lengua hebrea con mucho trabajo aunque no sin fruto. Y el mismo San Gerónimo cuenta (1) de un monje mancebo, de nacion griego, que estaba en un monasterio de Egipto, que era muy fatigado de esta tentacion de carne, y ayunaba mucho, y hacia grandes penitencias, y no cesaba la tentacion. El superior tomó este medio para sanarle: mandó á un monje de los mas antiguos, grave y áspero, que se hiciese en contradicho muchas veces con aquel mancebo, y le reprendiese con palabras ásperas é injuriosas; y después que le hubiese tratado mal de pa-

labra, se viniese él á quejar como si hubiera sido ofendido del otro monje. El anciano súpolo hacer muy bien, y á cada paso, de cualquier cosa tomaba ocasion para darle muy buenas repreusiones, y sobre eso llevábale luego á juicio delante del superior, y tenia ya prevenidos testigos que decian que el otro monje habia sido descomedido con el anciano. El superior reprendia al monje y dábale muy buenas penitencias como á culpado. Y esto pasaba cada dia; y viéndose el monje tan mal tratado y con tantos falsos testimonios, estaba muy afligido y tristísimo en su celda, y derramaba muchas lágrimas, pidiendo á nuestro Señor que volviese por él, porque se veia desamparado de todo favor humano: todos eran contra él, y no se hacia en casa falta alguna ó desorden, el cual no se le echasen, y luego salian dos ó tres monjes que testificaban contra él, y lloraban sobre su cabeza penitencias y repreusiones. Y duró esto por todo un año: y al cabo de un año preguntó otro monje cómo le iba de la tentacion de la carne. Respondió él: «Aun vivir no me dejan, ¿quereis que me acuerde de eso? ya no hay memoria de esa tentacion (1).» De esta manera le curó su padre espiritual: con el dolor y trabajo mayor se le quitó el menor. Y añade allí San Gerónimo en loa de la Religion: «si este estuviera solo, ¿quién le ayudara á vencer la tentacion? Y en la regla de los monjes, una de las razones que dá el Santo para mostrar cuánto nos conviene la Religion y vivir debajo de obediencia, es esta: «Para que no hagais lo que quereis, comais lo que os dieren, vistais lo que os cupiere, trabajais lo que os mandaren, y vais á la noche cansado á la cama, y aun no hayais cumplido con el sueño, y os hagan levantar; y así sucediendo unas cosas y otras,

(1) Hieron. epist. 4 ad Rusticum Monach.

(1) Vivere mihi non licet, et fornicari licet. Id.

andéis tan ocupado en la obediencia que no tengan lugar de entrar las tentaciones, ni tengais tiempo para pensar en otra cosa, sino en lo que habeis de hacer (1).

El bienaventurado San Francisco decia (2) que habia sabido por esperiencia que los demonios se espantaban y huian de la aspereza y del rigor y penitencia, y que se allegaban y tentaban fuertemente á los que se trataban regalada y delicadamente. Y San Atanasio refiere de San Antonio Abad, que enseñaba esto mismo á sus discípulos: «Creedme, hermanos, decia (3), teme mucho el demonio las vigiliias de los buenos, sus oraciones y ayunos y su voluntaria pobreza».

San Ambrosio trae á este propósito aquello del Profeta: «Vestime yo de silicio, y cubria y guardaba mi ánima con el ayuno (4)». Esta, dice (5), es buena defensa y buen arnés contra este enemigo. Y tenemos tambien para esto la doctrina de Cristo que nos dió cuando echó aquel espíritu inmundo que los discípulos no habian podido echar: «Este género de demonios no puede salir, dice (6), sino con oracion y ayuno.» Al la oracion añade la penitencia y ayuno, como medio muy propio para ahuyentar este género de demonios. Y asi, cuando hay éstas tentaciones, no nos habemos de contentar con acudir á la oracion, ni con hacer actos y propósitos contrarios á la tentacion,

(1) Ut non facias quod vis, comedas quod iuberis, vestias quod acceperis, et operis tui pensum persolvas. Lassus ad stratum venias, necdum expleto, somno surgere compellaris. Regul. Monach. quam collegit et scripsit Dicit Hieron. Lupus de Oliveto, cap. 2.

(2) P. I. lib. 4, cap. 24 de la Crónica de San Francisco.

(3) Mihi credite, dicebat, fratres, pertimescit Satanas piorum vigiliias, orationes, jejunia, voluntariam paupertatem. Antonius abbas.

(4) Operui in jejunió animam meam, et posui vestimentum meum cilicium. Ps. LXVIII, 11.

(5) Ambros. in epist. quam scripsit in Concilio Eulensi ad Papam Siricum.

(6) Hoc genus in nullo potest exire, nisi in oratione, et jejunió. Marci IX, 23.

sino habemos tambien de ejercitarnos mas particularmente en obras corporales de penitencia y mortificacion, siempre con consejo del confesor, ó superior, para que en todo vayamos mas acertados.

Preguntó un religioso, que era combatido de esta tentacion, al santo Fr. Gil ¿qué remedio tendria para ella? Dijole el Santo: «¿Qué harias tú, hermano mio, á un perro que te viniese á morder?» Respondió el religioso: «tomaria una piedra ó un palo, y heririale hasta hacerle huir de mí.» Dice el Santo: «pues hazlo tú asi con tu carne, que te quiere morder, y huirá de tí esta tentacion (1).» Es tan bueno este remedio, que algunas veces cualquier trabajo y dolor, aunque sea pequeño, suele divertir y quitar esta tentacion: como estender los brazos en cruz, hincar las rodillas, herir los pechos, tomar una disciplina, darse algunos pellizcos ó repelones, estarse en un pie un rato ó otra cosa semejante.

En la vida del Apóstol San Andrés se cuenta que un viejo llamado Nicolás, estando San Andrés en Corinto, vino á él y le dijo que setenta y cuatro años habia vivido en deshonestidades, dando rienda á sus apetitos desordenados, y entregándose á todo género de torpezas; y que entrando poco antes en la casa pública para ofender á Dios, llevando consigo el Evangelio, una mala muger de aquella casa, con quien queria pecar, le apartó con gran espanto, y le rogó que no la tocase, ni llegase al lugar donde ella estaba, porque veia en él cosas maravillosas y misteriosas. Despues de esto rogó Nicolás, á San Andrés que le diese remedio para aquella su flaqueza y costumbre envejecida en el pecar. El Santo se puso en oracion, y ayunó cinco dias, suplicando á nuestro Señor que perdonase á aquel mise-

(1) Part. I. de la Crónica de San Francisco, lib. 7, cap. 7.

CAPITULO VIII.

De otros remedios contra las tentaciones deshonestas.

El bienaventurado San Gregorio dice (1) que algunas veces las tentaciones deshonestas, y ser molestado uno de pensamientos y movimientos malos, suele ser rastros y reliquias de la mala vida pasada y pena y castigo de la libertad y mala costumbre antigua, y que entonces con lágrimas se ha de apagar este fuego, llorando muy bien lo pasado. San Buenaventura dice (2) que es muy buen remedio en las tentaciones juzgarse uno por digno de aquella afliccion y trabajo y reconocer que tiene muy bien merecido aquel castigo por sus culpas y libertad pasada, y sufrirlo con humildad y paciencia, diciendo con los hermanos de José: «Con razon padecemos estas cosas, porque pecamos contra nuestro hermano (3).» De esta manera, dice San Buenaventura, aplacará uno mas presto á Dios y se convertirá en bien y provecho la tentacion. Provoca mucho á misericordia aquellas entrañas piadosísimas de Dios el reconocerse uno por digno de castigo; y así leemos en la Sagrada Escritura (4) que usaba mucho de este medio el pueblo de Israel para alcanzar perdon de Dios. Otro medio, y muy eficaz para alcanzar el favor y ayuda del Señor, y salir con victoria y triunfo de nuestros enemigos en todas las tentaciones, y particularmente en esta, es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios, de lo cual tratamos largamente en otra parte (5); y despues, tratando del temor de Dios, dire-

En el Prado espiritual se cuenta que un monje fué á un padre de los ancianos, y dijo: «¿Qué haré que no puedo sufrir los pensamientos que me combaten?» dijo el viejo: «Yo nunca he sido combatido con semejantes pensamientos.» El monje se escandalizó con esta respuesta, y se fué á otro Padre de los ancianos, y le dijo: «Hágoté saber que tal Padre me ha dicho que no ha sido, ni es combatido de pensamientos: yo me he escandalizado, porque me parece que ha dicho cosa que escede á la naturaleza humana.» Dijo el Padre: «no sin causa te dijo aquel varon de Dios tales palabras: vuelve á él y pídele perdon, y te dirá la causa por qué te dijo aquello.» El monje volvió á él, y dijo: «Perdóname, Padre, porque sin despedirme de tí, me fui el otro dia tan neciamente: mas ruégote me declares cómo no eres combatido.» Respondió el viejo: «porque despues que soy monje, nunca me harto de pan, ni de agua, ni de dormir, y esta abstinencia no me ha permitido que tenga la batalla de pensamientos que tú me dijistes.»

(1) Greg. lib. 12 Moral., cap. 38.
(2) Bonav. processu 4 Relig., cap. 42.
(3) Merito haec patimur, quia peccavimus in fratrem nostrum. Gen. XLII, 21.
(4) Daniel III, 28; et Daniel IX, 5.
(5) Part. II, trat. 3, cap. 35; trat. 4, cap. 15.

mos algo: bastará ahora decir que generalmente la humildad es gran remedio contra las tentaciones. Bien sabido es aquello que le fué revelado al bienaventurado San Antonio, que viendo en espíritu todo el mundo lleno de lazos, dió voces diciendo con lágrimas: «¿Quién escapará, Señor, de tantos lazos?» Y oyó una voz que le dijo: «El humilde.» Pues sed vos humilde, y libraráos Dios de esos lazos y tentaciones (1). Los montes altos son combatidos de rayos y tempestades, los árboles grandes son los que arrancan los vientos; pero las cañas, mimbres y plantas humildes, que se abaten y encorban y doblan á una parte y á otra, quédanse en pie despues de las tempestades.

Conforme á esto, será tambien muy bueno y muy provechoso sacar humildad y propio conocimiento de estas tentaciones deshonestas, viendo que tales cosas pasan por nosotros, como diciendo: «Veis aquí, Señor, quién yo soy, ¿qué se esperaba de este muladar, sino semejantes olores? ¿qué se esperaba de esta tierra que vos maldigistes, sino zarzas y espinas? Este es el fruto que ella puede dar, si vos, Señor, no la limpiáis.» Buena ocasion nos dan estas tentaciones y malas inclinaciones, que tenemos, para humillarnos; si los vestidos viles y despreciados, ayudan á uno á humillarse, como dicen los Santos, ¿cuánto mas nos ayudarán á humillar tan viles y sucios pensamientos como pasan por nosotros? Decia el santo Fr. Gil (2) que nuestra carne era como el animal inmundo, que con gran deseo corre al lodo y en él se deleita; ó como el escarabajo, que su vida es revolverse en el estiércol. Mucho nos ayudará esta consi-

(1) Custodiens parvulos Dominus; humiliatus sum, et liberavit me. Ps. CXIV, 6.

(2) Part. I, lib. 7, cap. 7 de la Crónica de San Francisco.

deracion para no dejarnos llevar de estos pensamientos.

Y generalmente, en cualquier tentacion es muy bueno no hacer uno caso de aquello á que le lleva la tentacion, sino volverse luego sobre sí, humillándose y diciendo, «¿que sea yo tan malo que me vengan y pasen por pensamiento tales cosas?» Porque con esto hurta el cuerpo á la tentacion y queda burlado el demonio. Ayuda tambien mucho el confundirse uno de la tentacion y de los malos pensamientos y movimientos que le vienen, como si fuera culpa suya, aunque esté muy lejos de consentir en ellos. Rabia el demonio y consúmese de pena, viendo tanta humildad, y como es tan soberbio no lo puede sufrir. No le podeis dar mayor bofetada, ni tomar medio con que él mas presto os deje de tentar como ver que sacais ganancia de donde él procuraba vuestra pérdida. Fuera de que con esto muestra uno cuán lejos está su voluntad de ofender á Dios, que es cosa que da mucha satisfaccion y seguridad.

Tambien ayudará algunas veces baldonar y afrentar al demonio, como diciendo: «Vete de aquí, espíritu sucio; ten vergüenza desventurado; muy sucio eres tú que tales cosas me traes á la memoria.» Porque como él es tan soberbio, cuando le menosprecian y afrentan, y le tratan como quien él es, no lo puede sufrir y huye. Cuenta San Gregorio (1) de Dacio, obispo de Milan, que yendo á la ciudad de Constantioplá, llegando á la ciudad de Corinto, y no habiendo dónde se aposentar, sino una casa que estaba desamparada, porque habia muchos años que andaban en ella los demonios, dijo el Santo: «vamos allá.» Fueron, y cerca de media noche, estando reposando el Santo, comenzaron los demonios á

(1) Greg. lib. 5. dialogi, c. 1.

hacer mucho ruido en forma de diversas bestias, balando como ovejas, bramando como leones, gruñendo como puercos, silvando como serpientes. Despertó el Santo al ruido y enojóse con los demonios, dijo: «¡Oh que bien os vino y cuán bien os salió la levada! quisisteis ser como Dios y quedasteis hechos bestias, dragones y serpientes; muy bien remedais lo que sois.» Quedaron con esto tan afrentados los demonios, que dice San Gregorio que luego desaparecieron y nunca jamás volvieron á aquella casa, sino que se pudo habitar de ahí adelante de todos. San Atanasio cuenta del bienaventurado San Antonio, que era muy molesto de tentaciones deshonestas; y un dia echósele á sus pies un muchacho negro, sucio y asqueroso, lamentándose que habia vencido á muchos y que de él solo habia sido escarnecido. Preguntóle San Antonio: «¿quién eres?» «Soy, dice, el espíritu de la fornicacion.» «De aquí adelante (replicó el Santo) haré poco caso de tí, pues eres cosa tan vil y deshechada,» y desapareció luego aquella vision. Y Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio llama sucio al espíritu de fornicacion (1). De esta manera podemos nosotros afrentar y baldonar al demonio, tratándole como quien es y haciendo burla de él. Y algunas veces se puede hacer esto, dándole una higa, sin decir otra cosa, ni ponerse á razones con él.

CAPITULO IX.

Del temor de Dios.

«Obrad las cosas de vuestra salvacion, dice el Apóstol San Pablo (2), con temor y

(1) Cum immundus spiritus exierit ab homine. Luc. XI, 24.

(2) Cum metu, et tremore vestram salutem operamini. Ad Philip. II, 12.

temblor.» Una de las cosas que nos ayudará mucho para la castidad, y generalmente para conservarnos en gracia de Dios, será andar siempre con un santo temor y recato, desconfiando de nosotros mismos, y acudiendo á Dios y poniendo en él toda nuestra confianza. Asi lo dice San Bernardo: «Por experiencia he hallado que no hay medio tan eficaz para alcanzar la gracia divina y conservarla, y para recobrarla si se pierde, como andar siempre con temor delante de Dios y no presumir de sí, según aquello del Sábio: «Bienaventurado el hombre que anda siempre con este santo temor (1).» Y por el contrario, una de las cosas que ha hecho aun á grandes santos dar miserables caidas, ha sido fiarse de sí y andar con poco temor y recato. «El necio es atrevido y confiado, y por eso cae; pero el sábio anda con temor y asi se libra del mal (2).» El que lleva un licor muy precioso en un vaso de vidrio muy delicado, y pasa con él por lugares muy peligrosos, donde unos se encuentran con otros, y corren récios vientos y tempestades, si no conoce y teme la fragilidad del vidrio, no lo llevará con mucho recato, y asi fácilmente se le quebrará y derramará el licor que lleva; mas el que conoce cuán delicado es, y teme no se le quiebre, guárdalo muy bien, y va con mucho tiento y cuidado, y asi camina mas seguro. De esta manera nos acontece á nosotros; tenemos el licor y tesoro preciosísimo de la gracia y dones de Dios en vasos de barro, como dice el Apóstol San Pablo (3), los cuales se pueden

(1) In veritate didici, nihil aequae efficax esse ad gratiam promerendam, retinendam, recuperandam, quam si omni tempore coram Deo inveniaris non altum sapere, sed timere. Beatus homo, qui semper est pavidus (Prov. XXVIII, 14). Bernard. serm. 34 sup. Cantica.

(2) Sapiens timet, et declinat a malo; stultus transilit, et confidit. Prov. XIV, 16.

(3) Il. ad Cor. IV, 7.